

ONTOLOGIA DE LA HISTORIA

DETERMINACION Y UBICACION METAFISICA DEL SER DEL HOMBRE

I - SER Y DURACION

1. *-El ser, fundamento de todo problema.* El ser no puede ser definido, pues es la noción más evidente, más universal y primera, que está en todas y cada una de las notas de cualquier realidad, esclareciéndolas y dándoles sentido, ya que sin el ser cualquier nota real -actual o posible- quedaría reducida a la nada absoluta. Más aún, el ser no es un objeto puesto delante del ser interrogante, está también dentro del sujeto y de la misma pregunta sobre el ser.

Tratamos, pues, no de definir, sino de tomar conciencia de esta realidad que está presente y confiere realidad a toda realidad concreta, de esta noción que es la luz que ilumina todo otro concepto.

El ser es lo mismo que lo que es o existe o puede existir; es lo opuesto a la nada. La *existencia* es lo mismo que el ser o perfección, el *acto* del ser, aquello por lo cual un determinado ser *-esencia-* es o no es nada. De aquí que sólo desde el ser se pueda plantear el problema del ser y de su aprehensión, porque la nada, nada puede preguntar. El mismo problema gnoseológico o del conocimiento del ser supone ya en su planteo el ser y su aprehensión cognoscitiva, ya que sin, ellos el problema no podría ser ni formularse. Somos y conocemos por el ser, el ser simplemente es, se impone, como dice Lavelle, y él y su aprehensión son el fundamento, sin el cual ningún problema tiene sentido.

2. *- Identidad de Ser y Duración.* La duración es lo mismo que la permanencia en el ser, el no dejar de ser o existir. El ser, por lo mismo que es por la existencia, en la medida en que es o existe, dura o permanece en el ser o existencia. En cuanto deja de durar, deja de ser o existir o viceversa. Es por lo que no es, que el ser no es ni dura. Por eso, *ser* y durar son lo mismo. Y cada ser dura de acuerdo o proporcionalmente a su ser.

Y así como el ser se realiza de diversas maneras, también y del mismo modo la duración. De aquí que si el concepto con que la inteligencia aprehende el ser sea un *concepto análogo*: significa algo que es relativa o proporcionalmente lo mismo: un modo *de existir*, pero un modo múltiple y diverso de existir, es decir, una existencia que se realiza de diversos modos; otro tanto sucede con el concepto de duración, desde que duración es lo mismo que ser: también es

un concepto que significa una unidad imperfecta o analógica: un permanecer de diverso modo en la existencia.

3. -*El Ser y Durar: Perfección pura.* Ser o existir es una perfección pura, es decir, una perfección que en sí misma no encierra imperfección. El ser o existir, en cuanto tal, es perfecto. Si el ser se encuentra realizado imperfectamente es por lo que no es, por la nada o limitación; o en otros términos, es porque no es el ser sino que lo recibe o Participa limitadamente de él.

Otro tanto sucede con, la duración: el ser en cuanto ser dura. El ser que puramente es sin limitación o no-ser, el ser que *es* el ser, simplemente dura, es la duración misma, perfecta, sin limitación alguna.

El ser que no *es el* ser o existencia, sino que lo *tiene* recibido o participa de él en un grado limitado, por eso mismo tampoco es la duración, **sino** que participa limitadamente de ella. Las imperfecciones de la duración penetran en ella por el no-ser, por el principio de limitación del ser.

4. - *Los grados del Ser o Duración. a) Eternidad.* En el ápice y origen primero del ser está el Ser, que simplemente es sin recibir el ser de otro, el Ser *imparticipado*, el Ser que es plena o perfectamente el ser, el Acto o Existencia o Perfección pura, es decir, sin no-ser o limitación alguna, el Ser o existencia infinita, sin la cual ningún otro ser participado o finito puede ser.

En este Ser sólo hay Acto o Perfección de Existencia. Por eso, Dios no puede no existir, dejar de existir o llegar a existir, ni dividirse ni multiplicarse, porque la división y multiplicación sólo pueden entrar en el ser por el no-ser o limitación.

De aquí que Dios, por lo mismo que es simple, perfecta e infinitamente la Existencia, la Existencia pura, es también simple, perfecta e infinitamente la Duración, la Duración pura, que no puede no existir ni dejar de existir *-sin principio ni fin-* y sin dejar ni llegar parcialmente a existir, una Existencia sin cambio alguno *-sin antes ni después-*. Este durar sin comienzo ni fin y sin mutación alguna, es la *Eternidad*: la duración del Ser *imparticipado*, del Ser que *es* el Ser o Existencia o Acto puro o infinito, sin mezcla de no-ser o nada. Es el Durar puro y simple, todo a la vez, infinitamente concentrado e identificado con el puro y simple Acto de Existir.

b) Eviternidad. Cualquier ser fuera de Dios *no es* el ser o existir, sino que sólo *participa de él* en el grado limitado de su propia esencia. Por eso mismo, ningún ser fuera de Dios es sino que sólo participa de la duración **en** la proporción o medida de su esencia.

Ningún ser que no es su ser o existencia es su actividad u obrar; porque, implicando ésta el acto de existir, un ser que se identificase con su obrar *a fortiori* se identificaría con su existir. Ahora bien, un ser que no es su obrar, tiene que realizarlo con actos sobreañadidos y perfeccionantes de su acto permanente de ser. De aquí que fuera del Ser que es su Existir o Durar, todos los seres tienen, por lo menos, el cambio de la sucesión de sus actos.

Cuando un ser participado y, como tal, finito y contingente, es una esencia o acto esencial puro, sin potencia o limitación de la materia, dentro de la esencia, una esencia espiritual y simple y, carente de partes, es por eso mismo incorruptible y, como tal, permanentemente duradera. Pero, en razón del cambio de sus actos espirituales de inteligencia y voluntad, ya *no es inmutable*, sino que cambia. En estos seres puramente espirituales, puras formas o actos esenciales, de durar incorruptible o sin fin, hay, pues, una doble y esencial limitación, que los diferencia radicalmente de la duración eterna: 1) que *no son su duración*, sino que la reciben y tienen con la existencia, y 2) que *no son su actividad*, sino que la realizan con actos distintos de su esencia, instantáneos pero uno después del otro. La concentración del Acto puro o Existir o Durar de Dios, fundada en la identidad de su Esencia y Existencia y Actividad ya no se encuentra en los otros seres, aun en los más perfectos o Puramente espirituales: la fisura de la limitación penetra en ellos por *no ser* la existencia y, consiguientemente, por *no ser su actividad*.

Esta duración, la más perfecta de los seres participados o finitos, es lo que los medioevales llamaban *Eviternidad*: duración intermedia entre el Acto inmutable de la duración de la Eternidad y la duración sucesiva de la temporalidad.

c) *Tiempo*. Pero hay otros seres, que no sólo no son su acto de existir o durar ni su actividad, sino que ni siquiera son plenamente su acto esencial y lo tienen limitado y sumergido en la pura potencia o indeterminación de la materia. La materia introduce la limitación y multiplicación, *individual* dentro de la esencia *específica* del acto esencial. Está dualidad de potencia y acto **dentro** de la esencia -materia y forma- trae aparejada la *corruptibilidad o posibilidad continua* de cambio del ser substancial. No sólo hay sucesión de actos **en** la actividad, sino que también la presencia del no-ser de la materia en la esencia introduce la posibilidad continua de cambio dentro del ser mismo esencial permanente. Además el no-ser de la materia trae aparejada la división y consiguiente difusión de las partes cuantitativas del ser en el espacio: el ser no es a la vez, todo concentrado en sí, *simple*, sino *compuesto* y difundido en pluralidad de partes divisibles *sine fine*. Esta distinción y divisibilidad in *infinitem* de las partes simultáneas del ser material, implica la sucesión de partes divisibles in *infinitem*

sucesivas en su duración, es decir, del tiempo. Porque el ser es continuamente corruptible y compuesto de partes divisibles y cuantitativas y porque su actividad sobreañadida accidentalmente, es también compuesta de partes como el ser material cuantitativo que la causa, de ahí que su duración, esté también compuesta de partes divisibles in infinitum y sea *esencialmente sucesiva o temporal*. El ser material no tiene su ser concentrado en la simplicidad de un acto, sino *compuesto de partes simultáneas en el espacio y sucesivas en la duración o temporales*.

El *Ser divino* se identifica con su Duración (*Eternidad*); *el ser participado espiritual* la tiene recibida pero de un modo incorruptible y no compuesto de partes sucesivas. (*Eviternidad*). Por su materia, el *ser material* no existe todo en un acto o esencia simple ni dura a la vez en un acto inmutable de existir, sin antes ni después (temporalidad).

Este modo de existir temporal o de partes sucesivas y divisibles, propio de la duración o permanencia en la existencia del ser material, es el modo más pobre de durar, como es el modo más pobre de existir dividido **en** partes cuantitativas difundidas en el espacio. El ser no se posee en, la simplicidad de un acto ni tiene toda su duración a la vez. No logra permanecer en la existencia sino a costa de perder continuamente su existencia, en el *pasado*, y sin lograr poseer todavía toda su existencia que aun no tiene: el futuro. Más aún, la existencia real del ser temporal nunca es una parte divisible, sino el punto indivisible y continuamente fugaz del *instante presente*. Las partes futuras pasan a pasadas sin ser nunca presentes. Tan precaria es la duración del ser material, *el tiempo*. El ser material no posee su existencia total, sólo se mantiene en ella en un punto indivisible y fugaz, entre la que ya no es y la que todavía no es.

Lo que importa subrayar es que si ese ser todavía dura es por lo que aún conserva de ser o acto y, como tal, *de inmaterialidad*, y si **dura tan imperfectamente** o se aleja tanto del acto puro de durar es por su no-ser de la *m tersa*.

Esta duración sucesiva o modo propio de permanecer en la existencia del ser material constituye el tiempo intrínseco o real, pese a su precaria -realidad.

Ahora bien, los seres materiales no son todos de idéntica estructura ontológica; también en, ellos existe un orden jerárquico de mayor o menor perfección. Bastaría recordar los seres inorgánicos, vivos y sensitivos; y aún dentro de cada orden hay una realización de múltiples grados, que permite la diferenciación esencial y multiplicación individual del ser y hace que el concepto del ser no exprese una unidad homogénea o unívoca, sino sólo imperfecta o análoga, de una nota **que** se realiza sólo relativa o proporcionalmente la misma.

Y como ser y duración corren parejos, tampoco la duración temporal, común a todos los seres materiales, se realiza **en** ellos del mismo modo, sino proporcionalmente la misma. Como la noción de ser, también la de duración, con ella identificada (Cfr. N° 2), y la de tiempo son una noción análoga, que cubre una diversificación no superada dentro de la unidad conceptual, no rota pero sí imperfecta.

Juzgamos que la noción aristotélico-escolástica de tiempo, vinculada ante todo a la *cantidad* del ser estrictamente material *-numerus motus secundum prius et Posterius-* tan opuesta a las nociones de tiempo de algunos autores contemporáneos, como Bergson y Heidegger entre otros *-vinculadas más a la cualidad-* podría ser integrada dentro de la unidad analógica superior de tiempo como duración sucesiva, propia del ser material, en general, realizada de diversas maneras de acuerdo a la modalidad propia de cada ser material, a saber, de acuerdo a su mayor o menor participación del ser. Es decir, que una profundización en la noción de tiempo, que escapa al propósito de este trabajo, podría aunar en, una unidad *analógica* superior las diferentes nociones de tiempo, diferentes porque se refieren a duraciones de seres **también** diferentes.

De este tiempo real debe distinguirse cuidadosamente el *concepto* de tiempo, que nuestra mente elabora a partir del tiempo real, abstrayendo la duración sucesiva de los seres concretos que duran, y dándoles una regularidad uniforme, inspirada en la de los movimientos siderales. Este tiempo que **pensamos** como coexistiendo y midiendo la duración sucesiva real de los seres concretos no es real, no existe fuera de nuestra mente, es **un ente de razón**, bien que la inteligencia lo elabora *fundándose en la realidad de donde lo abstrae*.

II. -EL SER DEL HOMBRE EN EL TIEMPO Y LA HISTORIA

5.- *Ser, Conocimiento y Conciencia.* Así como ser y duración son lo mismo y se realizan por eso, ésta del mismo modo que aquél, otro tanto sucede con el ser y el conocimiento y conciencia. Como el ser y la duración, también el conocer es una perfección pura que en sí no incluye imperfección, aunque pueda realizarse imperfectamente. Conocer es aprehender de un modo inmaterial el ser propio o ajeno. A la posesión pasiva de la materia que recibe la determinación y engendra con ésta un compuesto subjetivo de ambas, se opone la posesión activa del conocimiento, que en el seno del acto del sujeto da nueva existencia a otro ser, sin identificarse ni mezclarse realmente con, él, sino conservándolo en su alteridad o en cuanto es otro u *objeto*. Que, por eso, se opone a la posesión material, es decir, es una aprehensión inmaterial. La riqueza del ser, liberado del no-ser de la materia, es quien hace posible el hecho

del conocimiento: que en la unidad de un acto haya existencia también para otro ser realmente distinto del acto en cuanto distinto *-intencionalidad-*.

El conocimiento es tanto más perfecto cuanto más perfecta es la conciencia del sujeto frente al objeto en la identidad intencional del acto. -Tal perfección proviene de la perfección de la inmaterialidad o liberación del acto de la materia, en otros términos, de la perfección del ser. Como el ser o la inmaterialidad que lo constituye, el conocimiento se realiza en diversos grados.

Cuando la inmaterialidad es perfecta, se llama *espiritualidad*. La riqueza del ser espiritual, libre de todo no-ser o indeterminación material, alcanza el acto de aprehender (sujeto) y de ser aprehendido (objeto): es decir, logra conciencia de sí. Y cuando el ser no sólo está exento de materia, sino de toda potencia, de modo que a más de ser espiritual es el Acto mismo de Existir, en que la Esencia es la misma Existencia, **no** sólo llega a tener conciencia de

sí, sino que el Acto mismo de Ser es Acto de Entender su propio Ser o Entender. En Dios Ser y Entender son lo mismo. El Ser de Dios es un Acto de Entender su propio Entender: una Conciencia perfecta de sí, cuya identidad inmaterial de sujeto y objeto es también real y hasta formal, es decir, sin distinción siquiera de conceptos, sin excisión real o mental, por ende, entre ambos términos. Y como el Ser infinito de Dios se identifica realmente con todo otro ser de un modo *eminente*, es decir, sin la formalidad imperfecta propia de los seres finitos, por identidad real inmaterial en su único Acto puro Dios conoce todo otro ser.

Si fuera de Dios, todo ser finito aprehende el ser -propio y ajeno- en un acto distinto del propio ser, repetido en cada aprehensión objetiva, y si esta identidad inmaterial o cognoscitiva de sujeto y objeto no llega a ser real a la vez, es por la imperfección del ser inmaterial participado, que no es el ser del objeto ni siquiera su propio acto de entender. Mas si en ellos todavía se alcanza el acto de conocer y de conciencia, aunque sea con esa doble imperfección, es por la inmaterialidad o perfección del ser, y en la medida precisa del grado de liberación del no-ser de la materia.

6. - *Tiempo e Historia*. -todos los seres materiales duran o permanecen **en** la existencia *temporalmente*. La limitación de la materia los diluye en la sucesión temporal. El tiempo viene de *abajo, del no-ser* de la materia, e impregna con su imperfección-en la duración del ser.

a) Cuando el acto esencial del ser está totalmente sumergido y aprisionado por el no-ser de la materia, el ser dura temporalmente sin saber o tener conciencia de que dura. Como no cuenta

su propio ser, porque para sí es como si no fuese, desde que no sabe que es, tampoco cuenta su tiempo, porque para él su duración es como si no durase, porque no sabe que dura. ¿Qué valen o significan para ellas mismas los millones de años de duración de las montañas o de los estratos terrestres?

b) Pero si este acto esencial logra romper en parte la limitación de la materia *-ser inmaterial sensitivo-* y más todavía si se libera totalmente de *ella -ser espiritual-* y aun de toda limitación al identificarse con la misma Existencia *-Acto puro-* en esa misma medida de la inmaterialidad o perfección del ser logra conocer el ser ajeno y propio (*conciencia*).

Pero la verdad es que sólo con la liberación total de la materia, con la *espiritualidad*, se logra la aprehensión plenamente consciente del ser en cuanto tal, del *ser-objeto* en cuanto objeto o ser distinto del *sujeto* y, consiguientemente, la plena conciencia del *ser-sujeto*. -

La conciencia, pues, viene *de arriba*, de la perfección del ser, aparece como una victoria del acto del ser sobre la potencia de la materia y, en general, de la limitación o no-ser.

Íntimamente vinculada y dependiente del conocimiento y conciencia, es decir, de la espiritualidad, está la *libertad*: el auto-dominio de la propia actividad espiritual en orden a la perfección de la misma *-obra- moral-* y de las cosas materiales exteriores *-hacer técnico-artístico-*. Sólo cuando el ser se libera de los vínculos de la materia se rompe la cadena del determinismo. La riqueza del ser espiritual logra dar nueva existencia inmaterial al ser ajeno y propio *-conocimiento y conciencia-* y, a través de ésta, alcanza la libertad o indiferencia activa o poder de dirigir el propio obrar y hacer por múltiples direcciones posibles: el ser no sólo se acrecienta con el acto, sino que logra la elección o el dominio de su realización y de su dirección en sí mismo y sobre las cosas exteriores.

e) La duración *temporal* del ser material *se convierte en* Historia, cuando logra el pleno dominio de sí por la *conciencia y libertad*. La historia es la duración del ser temporal, doblemente dueño de sí: porque dura conscientemente o poseyéndose por la conciencia, y porque, *por su libertad*, tiene **en** sus manos y es, por ende, responsable de su propia actividad en si misma y **en** su influencia sobre los acontecimientos exteriores, humanos y materiales.

Donde hay conciencia y libertad, pero no hay duración sucesiva o *tiempo*, o donde hay tiempo sin, *conciencia ni libertad*, no hay Historia. La Historia comienza cuando la duración temporal del ser material no sólo *es*, sitio que a la vez se posee inmaterialmente, es dueña de sí, por la *conciencia y libertad*. El ser temporal, enriqueciéndose y como duplicándose con la conciencia y la libertad, constituye la historia. La duración sucesiva es penetrada y comienza

como a existir de nuevo, de otra manera, por la conciencia y libertad y, por eso, se convierte en *Historia*.

Si para la Historia se requiere simultáneamente la duración temporal y el dominio consciente y libre de su propia actividad, y si aquella se constituye por la materia y ésta por la inmaterialidad total o espiritualidad, sólo el ser material y espiritual a la vez es capaz de Historia. Lo que equivale a decir que sólo el hombre tiene Historia, sólo él es un ser histórico; porque sólo el hombre es una unidad de materia y espíritu. Con sus pies de barro se ubica en el *tiempo*, y con las alas de su espíritu se levanta por encima de la *opacidad* y del *determinismo* de la materia, logrando así la *transparencia de la conciencia* y el *auto-dominio de la libertad*, dentro de sí y de su propio destino y fuera de sí en la proyección sobre el mundo espiritual y material, que constituye la cultura. Ni Dios ni los puros espíritus, por *encima* del hombre; ni los seres materiales hasta el animal inclusive, *por debajo* del mismo, poseen Historia. Aquellos, porque están fuera del tiempo y éstos porque carecen de conciencia plena y libertad. Aquellos *sobrepasan* la Historia, Porque son conscientes y libres, pero con una duración no diluida en la duración sucesiva, sino concentrada en el Acto puro o en el ser incorruptible: superando la imperfección temporal, poseen la perfección de la Historia: estos *no alcanzan* la perfección específica espiritual de la Historia y se quedan en el plano genérico de los seres materiales, en la duración permanente temporal. En la interferencia del mundo material y espiritual de ambos, únicamente el hombre es capaz de Historia, un ser esencialmente histórico con la proyección de su actividad propia material-espiritual sobre los demás hombres y cosas engendra el *devenir* histórico propiamente tal.

El hombre es, *en primer lugar*, un ser histórico en sí mismo. Su devenir individual-personal es un *devenir temporal-consciente y libre* y, por ende, *histórico*. Toda persona tiene su historia, su incomunicable Historia, como su ser y actividad consciente y libre. Este devenir histórico es el que más interesa a cada hombre como persona, pues es el que se vincula directamente con su destino inmortal meta-histórico, desde el cual la Historia logra su cabal sentido. Por eso también, porque es un ser histórico, sólo en el hombre lo individual domina e interesa por sobre lo específico, a diferencia de los demás seres materiales, **en** que lo específico domina e interesa por sobre lo individual. Tal la diferencia entre *Historia* humana o simplemente *Historia* y la *Historia* natural, sólo impropriamente *Historia*.

El hombre es, *en segundo lugar*, un ser histórico por su proyección externa, por su influencia consciente y libre sobre el devenir humano y sobre las cosas materiales trascendentes a él. El hombre influye en los demás hombres e impregna y modifica con su actividad consciente y

libre las instituciones humanas: el derecho, el lenguaje, los signos, etc.; y los objetos exteriores materiales, convirtiéndolos en utensilios técnicos, obras de arte y, en general, en objetos culturales. La cultura es fruto de la *actividad histórica* o humana.

Frente al ser y actividad humanas y los seres y actividad materiales, tales cuales son, el hombre con su actividad consciente y libre los modifica de acuerdo -o en contra- del fin o bien del hombre -*actividad moral*- y de las cosas materiales en subordinación con aquel bien o fin del hombre -*actividad técnico-artística*-. El ser o actividad humanas y el de las cosas exteriores reciben así la impronta de la actividad consciente y libre, de la *actividad histórica del hombre*, son sometidas e incorporadas a ella y así humanizadas o transformadas en *entes culturales*, y constituyen los *acontecimientos históricos*: religiosos, jurídicos, económicos, artísticos, técnicos, militares, etc.

Mas no cualquier manifestación exterior del espíritu es *histórica estrictamente* tal. Para que alcance esa categoría es preciso además que la actividad humana encarnada tenga un cierto grado de *significación o importancia social*, que para bien o para mal posea un *minimum de influjo en la sociedad* en que deviene.

7. -*El ser temporal-histórico del hombre se ubica entre el Esencialismo racionalista y panteísta y el Existencialismo empirista y anti-intelectualista y nihilista.* Distinguimos en el hombre una *esencia metafísica* y una *esencia física*. La primera está constituida por aquellas notas *que se requieren para que se conciba* el hombre en sí y como raíz de donde brotan todas sus propiedades o notas ulteriores y como distinto de todo otro ser. Esta esencia aunque está tomada de la realidad y es, por ende, real en cuanto a su contenido, no lo es en cuanto al modo de ser concebida, ya que es universal, necesaria e inmutable, caracteres todos que sólo obtiene en la mente gracias a la abstracción, y no en la realidad misma expresada.

Pero hay otra esencia humana, la *física o real*, constituida por las notas que se requieren no para que el hombre pueda ser pensado como tal, sino para que de hecho *pueda existir*: es el alma y el cuerpo existentes concretos. Esta esencia es real, individual y cambiante.

No de otro modo podemos distinguir en el acontecimiento histórico o humano: un aspecto *esencial inmutable* -vgr. la religión con el culto de Dios, el lenguaje y la poesía, la filosofía, el arte y demás manifestaciones culturales, provenientes de la esencia metafísica del hombre- y que constituye, por consiguiente, como la *esencia metafísica* del mismo; y otro, *existencial mudable*, proveniente de la existencia física o

real del hombre concreto e individual y, como tal, cambiante, y que constituyen como la *esencia física* del hecho temporal histórico. **En** los ejemplos aducidos: el determinado rito del culto, los signos concretos del lenguaje, el estilo artístico preciso de una época, como el gótico o el neo-clásico, y más todavía de un determinado artista como Míquel Angel.

Podríamos decir que, por un, extremo, el *Racionalismo* -de Hegel, por ej. se queda en el aspecto abstracto inmutable,. en la *esencia metafísica* de la Historia, sin atender a la rica realidad del devenir concreto temporal estrictamente **tal** de la Historia; con lo cual se destruye a ésta. Realmente el racionalismo, que por sus principios desconoce la realidad concreta y cambiante -ya que ella es sólo asible primero y directamente por la experiencia- se queda con las esencias inmutables y, en definitiva, con un único Ser inmutable y divino - *panteísmo*-. *Pero* si toda la realidad se reduce al Ser inmutable de Dios, la única duración posible es la *Eternidad*. El racionalismo, al suprimir la realidad existente individual y cambiante, suprime de iure, la Historia, pese a sus esfuerzos por ubicarse en ella y, en algunos casos, como en el de Croce, de querer colocarse en un *Historicismo*. El racionalismo es un *Esencialismo*; **pero la** Historia incluye esencialmente lo *existente concreto*. Por eso, al racionalismo se le escapa de las manos la realidad histórica.

Por el otro extremo, el Empirismo atiende únicamente a los aspectos conceptos y cambiantes del devenir existente humano, tal como es dado intuitivamente en la experiencia, sin atender a su *esencia metafísica*, a los caracteres permanentes del hombre. Tal el *Historicismo* de Dilthey y de Simmel y el *Existencialismo* irracionalista de Heidegger y Sartre. Sólo quedan los hechos o notas concretas sucesivas y en continuo cambio, más aún, la pura mutación o temporalidad e historicidad, desprovistos de ser. Pero la pura mutación o temporalidad *sin ser* es inconcebible y absurda, se destruye, pues carece de sentido y de consistencia, más **aún**, es nada. El *Empirismo* -que aplicado a la Historia constituye el *historicismo* con sus ramificaciones irracionalistas tanto del *Vitalismo* como del *Existencialismo*- al sacrificar lo inmutable a lo mudable, el ser al puro devenir o temporalidad, termina destruyendo paradójicamente también el tiempo, ya que -como advertía Aristóteles contra Heráclito- la pura mutación y, por eso mismo, la temporalidad sin ser, deja de ser mutación: es nada. En definitiva, el Empirismo es siempre de algún modo un *Existencialismo*, pues desconoce la realidad *esencial* histórica, sin la cual las mismas notas existenciales se diluyen **en** la nada.

El Racionalismo y el Empirismo, pues, por los dos caminos antagónicos, destruyendo el uno el cambio, el *carácter temporal y existencias*, y el otro el carácter *esencial e inmutable* del

hombre, acaban destruyendo el hombre y la *nota temporal histórica* de su duración o permanencia en, la existencia. El primero inmoló la *existencia real* a la pura *esencia* y, en definitiva, *la temporalidad e historicidad a la Eternidad*; el segundo *sacrificó la esencia a la pura existencia* y, **en** definitiva, *la temporalidad y la historicidad a la nada*.

Pero el *hombre no es ni Dios ni nada*: ni *pura esencia* ni *pura existencia*, y su duración o permanencia en la existencia no es, por ende, inmutable *Eternidad* ni *pura temporalidad e historicidad*, que, vacías de esencia, se desvanecen en la nada. El hombre es un *ser temporal histórico*, es una *esencia* que **no** es sino que tiene una *existencia* sucesiva, consciente y libre, es una *esencia* que dura o *existe temporal e históricamente*.

A tal conclusión arriba el *Intelectualismo crítico* de Santo Tomás superando los dos extremos unilaterales mencionados, y teniendo en cuenta a la vez los datos y el objeto de la *experiencia* y de la inteligencia, integrados en el juicio o *conocimiento* humano: *el aspecto existencial cambiante*, dado **en** la experiencia de los sentidos, y *el esencial permanente*, dado en la inteligencia, **sin el** cual, por lo demás, el primero tampoco tiene sentido y se diluye en la misma nada. Sin el objeto de la inteligencia el hombre y su duración se reducen a un *devenir* sin sentido que se diluye en la nada, y sin el objeto de la sensibilidad a una *esencia* abstracta, también irreal. La realidad histórica está constituida por la unidad de dos aspectos que el hombre aprehende por sus dos facultades cognoscitivas: de los sentidos y de la inteligencia, *integrados en la unidad del acto de afirmación del juicio*, que los identifica en el ser real.

Del mismo modo la nota específica de la historia, la que convierte al tiempo **en** historia: la actuación de la inteligencia y de la voluntad humanas, por **una** parte están esencialmente determinadas por el ser trascendente como verdad y bien. Es el aspecto proveniente de la esencia inmutable del hombre y del ser específico de las cosas y cuya raíz es la *forma o alma espiritual*. Pero, por otra parte, esa intelección y volición se encarnan en cada individuo de acuerdo a su modalidad propia, proveniente de su materia, enraizadas a su vez y alimentada por innumerables influencias ambientales de lugar y tiempo y que confieren a la primera, al alma, su *modalidad propia* y constituyen la base temperamental de la vocación individual dentro de la vocación específica humana.

8-*Lo permanente y lo histórico de la verdad y de la Filosofía*. En la luz de estos dos aspectos del ser del hombre se encuentra también el principio *de* solución del espinoso problema de lo permanente y de lo cambiante y progresivo en la aprehensión de la verdad y de

la Filosofía misma. Tal aprehensión implica dos términos: el *objetivo*, la verdad trascendente, que es en sí misma inmutable pero también inagotable; y *el subjetivo*, la inteligencia humana que la aprehende, y que nunca capta exhaustivamente su objeto. El aspecto de objetiva, aprehendida con evidencia por la inteligencia es inmutable **pero el** preciso aspecto de verdad aprehendida, el modo de aprehenderla y su proyección para la solución de determinados problemas, varían de acuerdo a la situación histórica del sujeto humano que así se enfrenta con la verdad. No hay, pues, cambio de parte del objeto en el sentido de que una verdad puede dejar de serla en otro momento, como pretende el historicismo; pero sí **en el** modo subjetivo de enfrentarse con ella: ya por el aspecto de la verdad que interesa en lugar de otro, ya por el enfoque con que una misma verdad es considerada, ya finalmente por las aplicaciones de la misma a la realidad **en** su situación histórica concreta. La verdad, en sí misma absoluta y permanente, aun en el aspecto finito aprehendido por el hombre, es *temporal-histórico* en **razón** del sujeto y modo con que éste la aprehende.

9.-*Ser e Historia. Ubicación del ser y duración temporal-histórica del hombre.* El tiempo y la historia se estructuran esencialmente entre la *Eternidad del ser del Acto inmutable e imparticipado de Existir*, y la nada incapaz de llegar a participar del existir. Entre ambos se ubica el *ser participado*, que **es** su esencia, pero que no *es* sino que tiene contingentemente existencia-. Una esencia que *es* por participación necesaria de la Esencia divina, como **un modo** finito, bien que necesario, capaz de existir fuera de Dios, y que *tiene o recibe* existencia por participación contingente --o sea, por elección de la Libertad divina-, de la Existencia de Dios. Este ser *es de sí no-ser* de existencia y, por eso, sólo puede existir recibiendo de un modo contingente su acto de existir del Acto mismo de Existir, que lo crea, conserva y aumenta continuamente **en él**. **Sin** esta esencial y continua acción de la Existencia, el hombre -y todo ser finito creado- dejaría de actuar y cae existir, porque de sí no es existencia. Esta le es algo **siempre** agregado gratuitamente.

Este no-ser **sino** tener o participar gratuitamente la *existencia* hace que el hombre no dure **con** Eternidad; y este *ser una esencia* que de hecho *tiene o* participa de la *existencia* hace que el hombre *supere* la nada y la pura temporalidad e historicidad y *sea un ser*, que es temporal, porque su esencia, como *materia que es*, dura o permanece en la existencia sucesivamente, y es *histórico*, porque su esencia, *como espiritual que también es* **en** su unidad sustancial con la materia, es *consciente y libre*. En una palabra, el durar *temporal-histórico* está determinado por

el ser específico del hombre: esencia compuesta de materia y espíritu y a la vez contingentemente unida a la existencia.

Por su ser participado finito y materia-espiritual, el hombre no es eternidad ni nada ni temporalidad pura, sino ser que dura y permanece temporalmente en la existencia con el dominio de la conciencia y de la libertad sobre su propia duración temporal, es decir, históricamente.

Conviene insistir todavía más **en** que el hombre no es tiempo ni historia ni mucho menos pura temporalidad o historicidad, como afirma el Existencialismo en sus diversas formas y autores -Heidegger y Sartre, entre otros- **en** pos del Intuicionismo de Bergson, el *Historicismo* de Dilthey y el *Vitalismo* de Simmel. Todos estos sistemas, de un modo u otro y en algún caso paradójicamente con un acento francamente espiritualista, reinciden de un modo u otro en el *Empirismo*, por su posición anti-intelectualista. Y es claro que, mirados empíricamente los hechos históricos -desde Heráclito a Bergson y Heidegger sólo manifiestan sus notas cambiantes, su devenir fenoménico. Falta la inteligencia para develar tras ellos su ser sometido a cambio temporal-histórico.

Tales posiciones reinciden, por eso, en el mismo inconveniente del Empirismo y, en general, de todo *anti-intelectualismo*: que el cambio -en nuestro caso, la temporalidad o historicidad pura-- se auto-destituye como tal, pues un puro cambio o devenir temporal-histórico, una pura temporalidad o historicidad

sin ser que se temporaliza o historicice, es contradictorio, y, como tal, impensable e irrealizable; ya que en tal hipótesis se pierde la mínima unidad ontológica para ser aprehendido por la inteligencia, todo el ser y actividad humana quedan pulverizados **en una** multiplicidad fenoménica pura, destituida de realidad en sí, *nada*, y, por eso mismo, inasible por la inteligencia. Sin el *ser* se pierde la unidad indispensable que une los momentos sucesivos del devenir que permite su existencia de tal y el de la historia misma. Una *pura* historicidad *deja de ser histórica y temporal*, pues, privada del ser que se sucede y cambia, queda aniquilada, pierde todo sentido de sucesión y cambio y, por eso mismo, de Historia. El hombre, pues, no es temporalidad **ni** historicidad, **sino** *ser temporal e histórico*.

El tiempo y la historia aparecen, pues, como los caracteres de **un** ser que *no es* sino que participa de la *existencia*: entre la Existencia pura de Dios y la nada. El no-ser la existencia - con los consiguientes caracteres de *contingencia* y finitud- lo desprende y separa radicalmente de la Existencia pura o *Eternidad*; y el ser una esencia o *sustancia material- espiritual*, por encima de la nada, lo ubica en la duración *temporal-histórica*. Como el ser participado **-esencia**

necesaria y existencia contingente- que lo constituye, *tiempo e historia se fundan* y son por participación de la Eternidad, en la cual existen liberados y como redimidos de su imperfección esencial -de un modo *eminente, dicen* los tomistas- sin, su formalidad propia, proveniente de su no-ser o limitación: de no-ser la existencia y no-ser tampoco plenamente el acto formal de la esencia sino recibido y coartado por la materia.

Cuando el hombre arribe a la **meta** de su existencia y alcance su Fin o Bien trascendente divino, el tiempo y la historia, como su ser, serán penetrados y redimidos para siempre por la Eternidad. Desde esta meta definitiva de la duración plena de nuestro ser y vida humana, el drama fugaz de la historia logrará su definitivo y eterno desenlace y con él su cabal sentido y plenitud.

Mons. Dr. Octavio N. Derisi